



El «boer» Kregel Bahs Lesspes.

VAMOS a saludar, por lo pronto, con un estentóreo ¡olé! la aparición en el firmamento taurino de esa pequeña «estrella», de origen inglés, llamada Vincent Charles. Dicen que el mozo tiene poca gracia jacarandosa; que elabora unos monoletinos tétricos, a los que iría mejor que la roja muleta un paño negro con vivos amarillos; que es valiente y que, después de su bautismo de sangre, ha recibido, como aquantan el sirimiri las donostiaras, las admoniciones de sus progenitores, que tratan de convencerle de que en la lucha del hombre con el toro, lo más probable es que, a la larga, venza el toro. Vincent Charles no rebela por recomendación cariñosa de más o de menos y torea en cuantas novilladas organiza en ruedos andaluces mister Beaty. Tras los padres de Vincent, que hubieron de volver a la rubia Albión desesperanzados y convencidos de que su retoño estaba decidido a eclipsar las glorias del señor «Frascueto», vino a la áspera España, la prometida del torero inglés, acompañada de un hermanillo suyo, el cual, en secreto, quería documentarse bien de las ventajas que sobre un delantero centro de primera división puede tener un matador de toros de la categoría especial. Y la muchacha, siempre con su hermanillo al lado, vió torear a su amado Vincent en La Línea. Ya se sabe lo que es esto y lo que significa para un torero jaquetón que su adorado tormento esté en barreras, dispuesto a recibir el homenaje de la roja y caliente sangre vertida para orlar, como si de claveles reventones se tratara, su mantón de la China. Hubo coquida. La inglesa vió a su amado en las astas del furioso y mugiente toro—que no pasaba de ser un familiar y resignado eral—y creyendo que aquello era número obligado del programa, permaneció impasible. Su hermanillo, no; su hermanillo comenzó a darse cuenta de la diferencia que hay entre entrar desde la banda y centrarse con el toro, aunque el valeroso y feroz toro sea un eral. Pero esta aparente indiferencia de su bella y gentil amada tampoco ha menguado los arrestos de Vincent Charles, que quiere dar a su patria el honor de que uno de sus hijos pasee por el mundo el título de matador de toros.

Sí, el de matador de toros. Porque matador de novillos ya hubo uno inglés, y muy valiente,



El «toreador» Sidney Franklin ejecuta una verónica.

Toguegos y Torreadores

Por BENJAMIN BENTURA

por cierto. Se llamó Juan O'Hara. Era oficial, estaba de guarnición en Gibraltar, y como entre los ingleses—pues no faltaría más—hay gente maja y amiga de la fachenda, se aficiona a las corridas de toros, y hacia 1874 empezó a actuar como novillero en plazas andaluzas hasta llegar a la de Barcelona. En 1876, su temporada más brillante, hizo su presentación en Málaga, Sevilla y Madrid, cosa que no han logrado verdaderos genios del toreo, nacidos en el mismísimo barrio de Triana. Luego marchó a Inlaterra, y el mundo taurino perdió una posible figura.

Y no se crea que estos dos, O'Hara y Charles, han sido los únicos indógenos de las islas Británicas que han practicado el toreo. Daza nos habla de don Felipe y don Juan O'Conrri, irlandeses residentes en Sevilla, que llegaron a ser diestros en el arte de torear a caballo.

Porque no se pudiera decir que justamente ahora estimamos más al diálar que a la libra, he tratado antes de los toreros ingleses que de los norteamericanos. También ha habido paisanos del Tío Sam que han probado fortuna en los ruedos. Uno, anterior a la era de la goma de mascar, Sidney Franklin, y otro, Jesús Córdoba, que actualmente es una de las figuras de toreo mejicano. Los dos, matadores de toros, Franklin actuó bastante en España y tomó la alternativa en Madrid después de nuestra Guerra de Liberación. Era torero marchoso, bastante flamenco—pues en esto del flamenquismo o se es mucho o no se es nada—, que sabía muy bien su oficio y hablaba mejor que «Cagancho» el caló. Un gran tipo. De Jesús Córdoba sólo sabemos que, aunque nacido en los Estados Unidos, se le tiene por mejicano y como tal torea.

Y ya que estamos ahí, en los Estados Unidos, por no intentar otro salto como el que acabamos de realizar desde Irlanda a Norteamérica, daré noticia de un lidiador chino que actuó en Méjico. De toreros mejicanos, venezolanos y peruanos nada se ha de decir, ya que, taurinamente hablando, Méjico—con o sin pleito—, Perú y Venezuela, son España misma.

Digo que hubo un chino que llegó a matador de toros en Méjico. Se llamaba Vicente Hong. Al hombre le encandilaron las ganancias que, según sus informes, conseguían los toreros, y como ya tenía coleta, vistió el traje de luces y comenzó a torear allá por el año 1912. No fué gran cosa; pero tenía valor sobrado, hacía juegos de manos con la muleta y ganó lo suficiente para no tener que ponerse a vender collares en la vía pública o a fregar platos en un sótano.

Eduardo Poggio es un uruguayo que vino a España hace dos años como matador de toros y no le acompañó la suerte. Parece que quiere probar fortuna como novillero.

Y no mentamos a más toreros americanos, ya que a raíz de la independencia muchos de aquellos pueblos suprimieron las corridas de toros, y si hubo algún mozo decidido que optó por el ejercicio de la arriesgada y colorinesca profesión taurina, la verdad es que sus hazañas a nadie conmovieron.

Hay que tomar la ruta de vuelta para llegar a Orán. Aquí sí hubo verdadera afición. Como que se llegó a formar la cuadrilla de Niños Oraneses, de la que era sobresaliente nada menos que Louis Etival López, «El Africano». Ya se comprende, por el segundo apellido de Luis, que la mujer que le trajo al mundo era española, y así no ha de extrañar que este oranes fuera de mocito jacarandoso y sandunguero, no hiciera caso de recomendaciones y garrambainas y abrazara con entusiasmo la profesión taurina. Nació el 5 de octubre de 1873. Trabajó en Orán y Argelia, y en 1899 vino a España para actuar como banderillero y puntillero. Que era bueno lo demuestra que llegara a figurar en las cuadrillas de «Algabeño», «Minuto», «Gallo», «Mazzantini» y «Blenvenido». Luego trabajó en Orán como matador de novillos, y en 1920 se retiró del toreo y fijó su residencia en Barcelona.

También los italianos han sentido hervir la zaragatera sangre taurina. También ellos han sabido contonearse, sin asomo de preocupación, ante la buida media luna de una cabeza de toro bravo. En un trabajo anterior, publicado en las páginas de esta revista, di referencia de la novillada corrida en Madrid el 27 de enero de 1870. En ella actuó el caballero italiano Eugenio Lopini, que, subido sobre zancos, mató a estoque a un toro embolado. No era, por lo que se ve, ni manco ni cojo el caballero Lopini, y podía competir en valor con el más corajudo y jenero de nuestros toreros de la época. Que no es arano de años, subirse a unos zancos y matar así, por muy embolada que esté la res.

Creo que no se me tachará de mal aficionado si al tratar de toreros extranjeros confieso que me corroe la duda de si aquel señorito elegante y guapetón que se llamó Luis Mazzantini era o no español. Si esta duda mía va a dar origen a otra batahola parecida a la que produjo la nacionalidad de Cristóbal Colón, estoy dispuesto a dar por bueno que Mazzantini nació en Elgóibar, y no se hable más del asunto; pero si es posible hacer la precisa investigación con serenidad y cordura, bueno será apuntar que no faltan biógrafos que aseguran que Luis Mazzantini nació en Pistoya, Toscana.

Otro salto y llegamos a Suecia. No es que haya habido suecos que hayan puesto banderillas en silla ni cosa parecida, no. Pero no hemos de pasar por alto que en las fiestas reales celebradas en Madrid en 1676 con motivo de las bodas de Carlos II con la princesa María Luisa de Orleans, salió a torear a caballo el noble sueco conde de Knismarch. No fué su actuación muy lucida; pero es el caso que el señor conde dió ocasión a que ahora se pueda decir aquí que hubo un sueco torero. Que no es floja cosa.

Desde Suecia hemos de pasar a Francia. Haré gracia de citas de saltadores landeses y otros astros de poca magnitud para dar noticia únicamente de los lidiadores galos que lograron escalar las escarpadas y peligrosas cumbres de la Tauromaquia. Y he de mencionar primeramente a Pierre Cacenaba «Félix Robert» en los carteles, que pasó de mozo de café a matador de toros, de matador a empresario, de empresario a yerno—que no es mal oficio cuando el suegro es influyente y acomodado—y de yerno a empresario. Félix era lo que en la germanía taurina se conoce con el nombre de trompo; pero disimulaba su torpeza y llamó siempre la atención porque, vistiendo a la usanza de los toreros españoles, no se despojó del bigote, que daba lustre a su faz. Un bigote—ésta es la verdad—digno por su exuberancia del aprecio que le tenía su propietario. Félix fué alumno de la escuela taurina de Manuel Carmona, y tomó la alternativa de manos de Fernando «el Gallo» en Valencia el 18 de noviembre de 1894, matando toros de don Valentín Flores, alternativa que le confirmó en Madrid «Minuto» el 2 de mayo de 1899. Y con su alternativa y el certificado que le dió Manuel Carmona toreó en Francia y en Méjico. Arrendó la plaza de Ciudad Juárez, y unos días que tuvo libres los aprovechó para contraer matrimonio con una hija del opulentísimo diputado mejicano señor Ochoa. En 1912 regresó a Francia con su esposa—sin olvidar el bigote—y se dedicó a organizar corridas en Marsella. Falleció el 19 de enero de 1916.

Francia, que no ha dado al mundo de los trajes de luces gran cantidad de notabilidades, tiene, en cambio, su dinastía taurina. Fué el fundador Augusto Boudin, «Pouly», torero francés que actuó brillantemente a finales del siglo XIX. Su hijo François Bou-



El matador de toros chino Vicente Hong.

din, «Pouly II», comienza a torear con su padre.

Se trasladó luego a España, asistió a la escuela de Manuel Carmona y en abril de 1907 toreó como novillero en Bilbao. El 22 de mayo de 1910 recibió la alternativa en Marsella de manos de Fermín Muñoz, «Corchaito», Pierre Boudin Martin, «Pouly III», fué continuador y descendiente de la familia torera de los mismos apodo y apellido. Toreó primeramente en Francia como novillero, alternando con diestros españoles, y después en España. Tomó la alternativa en Barcelona de manos de Juan Silveti con tófos de don Esteban Hernández. Marchó a Venezuela, y al regresar a España confirmó la alternativa en Madrid el 28 de mayo de 1922 de manos de «Fortuna» con toros de Pérez de la Concha, y en 1924, después de haber toreado bastante, se retiró del toreo.

Paul Aramis, torero landés, intentó torear a la española y se presentó en Tetuán de las Victorias el 28 de junio de 1907. Fracasó y volvió a su país, sin molestar más a los empresarios. Una buena persona.

Louis Laurent fué matador de novillos. Toreó varias corridas en Francia, y los días 21 y 28 de enero de 1918, en Orán, alternando con Louis Etival. El día 28 le cogió el segundo novillo y le produjo una herida de 25 centímetros de extensión y tres de profundidad en la pantorrilla derecha. El hombre pensó que eran muchos tantos centímetros y decidió no meterse en más perjenales.

Mouisot Mamose fué un lidiador francés de finales del siglo XIX, que actuó en Pamplona en 1861 a las órdenes de Manuel Egaña y gustó mucho.

En Portugal abunda el mozo de forcado, el pegador, el rejoneador y el banderillero; pero hasta hace pocos años no hubo matadores de toros portugueses. Ahora Portugal tiene tres matadores de toros: Diamantino Vizéu, Augusto Gomes Junior y Manuel dos Santos. Los tres están en activo, y no es prudente que les dedique los elogios que merecen, pues podría parecer propaganda interesada.

Para que nada quede por decir, declararé que hace unos años—no muchos—se presentó en algunas ciudades castellanas un mozo alemán que intentaba ser torero. Los becerros, a fuerza de colosales coscorrones, le convencieron de que era verdad aquello de que:

«El arte de los toros
bajo del cielo.»

Tuvo por verdad esto cuando comprobó lo que tardaba en tomar tierra cada vez que los morlacos lo lanzaban a lo alto, y no volvió a alquilar más trajes de luces.

Y acabo con la referencia de un pretendido torero boer, del que el gran cronista taurino «Don Indalecio» nos dice en su libro «Los toreros aragoneses» lo siguiente: «El año 1905 hizo su aparición en algunas plazas de toros un torero que se decía boer, y cuya indumentaria era de torero español: el sombrero amplio, de fieltro, con un ala recogida en una escarapela. Llevaba bigote y barba rubios.

Su nombre en los carteles era Kregel Bahs Lesspes; pero, en realidad, no sé cuál sería, pues ni Kregel era de Transvaal, ni mucho menos. Había nacido en Zaragoza, y salió de ella y de España por motivo de las quintas, y en el extranjero había corrido las siete partidas. Últimamente residía en Marsella, y desde hacía tiempo mataba becerros por los circos, diciendo que era torero boer.

Aparte de otras cosas que había perdido, conservaba el acento aragonés... y la frescura del Moncayo.

Toreó unas pocas novilladas en España en la temporada dicha de 1905; fracasó en todas, pues el «boer» no sabía torear y tenía un miedo loco. Pero a la gente le intrigó mucho el torero aquel de la barba corrida, y cuando se dirigía a brindar se hacía en la plaza un religioso silencio para oír como brindaba un «torero boer». ¡Y habría que oírle los «camelos» que saltaría el hombre!

Después de satisfecha la curiosidad en tres o cuatro plazas y visto el desastre del torreador aquel, desapareció otra vez del mundillo taurínico y nos suponemos que de España.»

No tuvo suerte el titulado torero boer. Si el valor no le hubiera fallado, es posible que hubiera llegado a adquirir la mayoría de las minas de oro y brillantes de su imaginado país natal y unos cuantos edificios en la Pretoria, porque el truco—hay que reconocerlo—es de los que caen pocos en libra.



También el norteamericano Franklin sabe desfilarse con garbo en el pasillo.



El francés «Félix Robert», con bigote fin de siglo, luce el estoque y la muleta.



El francés Vincent Charles, en un ayudado por alto.